ELOGIO

DEL REY NUESTRO SEÑOR

ON CÁRLOS III.

AÑO DE 1788.

10

ELOGIO

DEL REY NUESTRO SEÑOR

DON CÁRLOS III.

AÑO DE 1788.

ELOGIO

DEL SEÑOR

DON CÁRLOS III.

(QUE DIOS GUARDE)

REY DE ESPAÑA Y DE LAS INDIAS.

POR

DON LUIS REPISO HURTADO
Presbytero.

DEDICADO

Á LOS SEÑORES DOCTORES

DON JOSEF DE MEDINA
Y CORELLA, ARCEDIANO DE PEDROCHE
Y CANONIGO,

Y

DON FRANCISCO ISIDORO
GUTIERREZ VIGÍL, DIGNIDAD DE PRIOR Y
Canonigo Magistral, ambos de la Santa Iglesia de Cordoba, Gobernadores, Provisores Generales de ella y su Obispado, Sede Episcopali vacante.

EN CORDOBA. MDCCLXXXVIII.
En la Imprenta de Don Juan Rodriguez de la Torre.
Con las licencias necesarias.

Quam commune quàm exequo, quod felices nos, felicem illum predicamus?

Plinio in Trajano.

LICENCIA.

Aunque contemplo imposible que llegue á presentarse á la luz pública un elogio digno de las Soberanas prendas de virtud y heroicidad que se vén resplandecer en nuestro Prudente, Sábio y Católico Monarca Don Cárlos III. (que Dios guarde) no he podído menos de mandar se dé á la Prensa el que, con nombre de tal, llegó á poner en mi mano el Presbytero Don Luis Repiso.

El reverente amor que me merece nuestro Piadoso Augusto Soberano: los sentimientos que me animan de reconocimiento y gratitud á las singulares honras con que su Real dignacion ha tenido á bien el distinguirme; y el obsequioso anhelo con que vivo, de que se divulgue por el Orbe la fama de el mayor de sus Monarcas, son otros tantos estimulos que me obligan desde luego á contribuir con mi permiso para que se saque al público un papel en que se mi-

ra bosquejado el Retrato de nuestro Rey y Señor, que tan felizmente nos gobierna; asi debo confesarlo y firmarlo yo Don Pasqual Ruiz de Villafranca y Cardenas, Cavallero del Orden de Calatrava, Regidor perpetuo de la Ciudad de Orihuela, Alguacil mayor del Santo Oficio de la Inquisicion de Murcia, Maestrante de la Ilustre Real de Ronda, Corregidor, Justicia mayor, Capitan á Guerra y Subdelegado de esta Ciudad de Cordoba, en ella á 1. de Septiembre de 1788.

Don Pasqual Ruiz de Villafranca y Cardenas.

SEÑORES
GOBERNADORES
PROVISORES GENERALES.

Los relevantes meritos de V. SS. sus notorias circunstancias, y la justificacion en sus provi-

dencias, llenando los empleos, que tan dignamente exercen, con la equidad que equilibra la rectitud, y beneficencia, la caridad, y la Justicia, exîgen la atencion de unos subditos, que ofrecen por amor los respetos que deben por obligacion inescusable.

La Literatura de V. SS. la aceptacion que les merecen los aplicados y estudiosos, y la particular distincion que à V. SS. he debido, son à la verdad causas impulsivas de mi gratitud y reconocimiento; mas otro tan diverso, como poderoso motivo ha sido movil de una accion, que termina à demostrar à V. SS. mi veneracion y respeto, ofre-

ciendoles este corto trabajo.

El amor de V. SS. à nuestro Augusto Monarca no puede confundirse en la universalidad de los amantes Vasallos, ni eclipsarse con las emulaciones y artificios. Si en todos tiempos lo han distinguido sus subidos quilates; en esta ocasion se ha hecho tan visible, como recomendable à toda España. Este amor ardiente, disipando como el Sol las nieblas, que aunque ofusquen la luz, no pueden disminuir los resplandores, ha dirigido las mas justas providencias à los Eclesiasticos de toda la Diocesis: procedimiento que ha debido á su Magestad manifieste à V.

SS. su Real agrado, por el ardiente zelo con que desempeñan su Ministerio, mereciendo su Real aceptacion y confianza.

Cumplian V. SS. cooperando al efecto de las Reales òrdenes, con la Circular que expidieron el 5. de Marzo, explicativa del Moral laxô que autoriza el fraude y contravando en perjuicio de la Real Hacienda, con las mas rigidas amonestaciones al Clero, exortandolo al manejo que corresponde al Caracter de su Estado, y Dignidad de su Ministerio; mas poco satisfecha la lealtad de V. SS. con esta providencia, y otras particulares

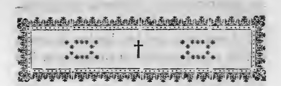
cometidas à sus Vicarios para la vigilancia en una materia tan recomendada; ha reiterado su zelo las mas severas òrdenes terminantes à la escrupulosa observancia de lo mandado, prescriviendo el porte de los Eclesiasticos, segun la Disciplina y Sagrados Canones, con la Circular del 29. *de Julio, prueva la mas concluyente de la justificacion de V. SS. y amor al Real Servicio.*

Por esto es, Señores, el ofrecer à V. SS. ese Elogio de nuestro Soberano. Sus encomios ¿à quien pueden ser mas gratos que à V. SS. que tan tiernamente le aman? Si mi devil pluma no puede expresar la Grandeza de

Carlos III. le veràn V. SS. elogiado por sus mismas virtudes. Por el arcadùz rustico no pierde el agua su virtud y hermosura. Si son humildes las expresiones; el Heroë es Grande à todas luces. Al fin, Señores, tengo la satisfaccion de ofrecer à V. SS. el obsequio mas agradable, que admitiràn por prueva de mi veneracion y respeto.

B. L. M. de V. SS.
su mas atento Capellán y servidor

Luis Repiso Hurtado.



No siempre al mérito se le dió el lugar debido en la estimacion de los hombres: la estolidéz, preocupacion y fanatismo, erigiendo detextables aras, quemaron inciensos en sacrilego culto á la maldad y al vicio, divinizando á los mismos tiranos de la especie humana, á quienes debian la prostitucion y la torpeza. Siglos de horror y de impiedad, quedad sumergidos en el tenebroso abismo del olvido. Siglo de oro y de luz, tu que conoces los verdaderos Heroës que te ilustran; tu que pesas fielmente los méritos de todos en la justa balanza, que gradua las brillantes acciones; tu que transfieres á

las generaciones la memoria de gloriosas hazañas indelebles á la posteridad, fiel depositaria de los hechos ilustres; decide como oraculo la preferencia. La Grandeza, el valor, las virtudes de Carlos III. no pueden equivocarse. No esperes, no, á ver sus venerables zenizas en el Sepulcro, para erigirle monumentos de gratitud y reconocimiento; su piedad es acreedora á la anticipacion de sus elogios. Desenrolla pues el magnifico lienzo de sus grandes virtudes, para que á un golpe de luz vea España, la Europa, todo el mundo las gloriosas acciones que le han hecho recomendable en su felíz reynado. Mi amor tirará las lineas y executará el diseño, si no con la valentía de un pincél diestro, será con la naturalidad y dulzura de un grato colorido.

Aplauda Grecia á Evagoras, y Roma á Trajano, excitados por las voces de Ysocrates y Plinio: memoria debida mas á la grandeza de los panegiricos, que de los Heroës. Esfuerce las frases la

eloqüencia en los elogios que dirige la adulacion y el artificio; mas en los que forma la verdad es suficiente la sencilléz y la justicia. Alli suple la energia por el mérito; y aqui la heroicidad sobresale. En una palabra, si otros necesitan la retorica para sus alabanzas, á Carlos III. preconizan sus mismas virtudes. Ellas (aunque en devil bosquejo) serán siempre la admiracion de los dos mundos, y sus recuerdos la delicia mas grata á sus fieles vasallos. Tiremos pues los primeros rasgos en este gran lienzo, diseñando como en perspectiva el oriente de tanta luz, hasta venir por sus grados á los primeros terminos.

Entre la multitud inmensa de los pobladores del Mundo, tan diversos en las fisonomías, como en las costumbres, distinguidos por los varios climas que, influyendo en la organizacion, diferencian en los accidentes de la naturaleza; unívocos solamente en el violento impulso del exterminio de sus semejantes; se levantan enfurecidas dos porciones

numerosas de lo mas florido de Europa, ribales por inclinacion, y obstinados por la emulacion de la gloria y el triunfo. Hyerense con enojo, sin haberse injuriado; se excita la ira para la venganza de agravio, que no exîste; se roban impunemente sin conocer derechos, y la muerte corre presurosa de un campo á otro, manejando diestra la segur afilada é inexôrable, anegada en arroyos de sangre de tanta victima; mientras la Humanidad llora la pérdida de sus hijos, que aspiraba ver unidos en Sociedad de indisolubles lazos. ¡Funesto catastrofe! ¡Lastimoso espectaculo para un pecho sensible! Asi se vieron mucho tiempo Franceses y Españoles; mas levantandose una Aguila Imperial de la Capital de España, y parando su vuelo en la de Francia, coronandose con las Lises anunció las paces á las dos Potencias. Enlazóse la inclita Maria Teresa de Austria con Luis XIV. y este es el tronco Augusto de los Borbones Austriacos.

Rugió el Leon de España de dolor en la muerte de Carlos II. aquel Leon invencible, que aterrando al orbe adquirió mas triunfos que las Aguilas de la misma Roma; mas postrado y dévil con la fatal quartana, le quitaron de las garras varias presas, valiendose del accidente que le aniquilaba. España desmembrada de muchas Provincias, aun la miran con temor los émulos de sus glorias: quieren repartir sus Coronas; mas prevalecen los dos pretendientes, Carlos Archiduque de Austria, y Felipe Duque de Anjou, Nieto de Luis XIV. augusto Padre de Carlos III. su valor y y su justicia afirmaron el Trono vacilante, y conquistando dos veces á España con los Españoles mismos, afianzó por su virtud la Real Diadema en su Cabeza, ya coronada con los muchos laureles que cortó su cuchilla, ganando con la espada el heredado Cetro. Triunfó su constancia de la sagáz politica, y olvidando las variables Lises, por las fuertes Castillas, prevaleció su reputa-

cion noble contra su misma sangre. Al fin vence en la guerra, y dando nueva forma con la paz á sus bastos dominios, se hace desde joven respetable entre todos los Soberanos de la Europa.

En medio de sus glorias pierde la joya mas inestimable, y solo en tal contraste demuestra el sentimiento que jamás conoció entre graves peligros; mas el amor y la politica de sus fieles vasallos procuran su consuelo. La inclita Heroïna Doña Isabél Farnesio, Princesa y heredera de Parma, enjuga á Felipe las amargas lagrimas vertidas por su difunta esposa Doña Maria Luisa de Saboya: y estos consuelos que restituyeron al Rey sus delicias, y á la Corte los embelesos que perdieron con la falta de su amable Princesa, fueron felíz anuncio de sus dichas.

En efecto, la fecunda Isabél disipa los temores de los Aulicos, y asegura la natural subcesion del Trono con la de hermosos Principes: retribuye el amor de su felíz esposo con ópimos frutos, y

atrayendo las virtudes de ambos copiosas bendiciones del Cielo para su augusta Casa, llenan las esperanzas de los Españoles, y al universo de Monarcas y Heroës.

Ya Felipe descansa en el Licéo de las fatigas que acrisolaron su valor y constancia en la Escuela de Marte. Ya por su aplicacion al fomento de las Artes y ciencias recibe en el solio de la paz el laurel de Apolo y oliva de Minerva. Ya colgadas las armas vencedoras en el inmortal templo de la fama, dicta mas sabias leyes que Solón y Licurgo. Ya en fin al lado de su amada esposa, rodeado de los Principes sus caros hijos, obsequiado de los Grandes, temido de las Naciones, respetado de los Monarcas y amado de sus Vasallos, coje los dulces y regalados frutos de su heroicidad y virtudes. Voluble rueda, detén por un poco el rapido curso que agita á los mortales. Afianza tus exes por un leve espacio en la misma gloria y tranquilidad de Felipe. Mas

ya veo que esta misma gloria y reputacion dan el impulso para tu movimiento, y ellas son las que no permiten la paz en que descansa. Resuene pues el belicoso estruendo en toda Italia: sacuda el Leon de España la guedeja, fortalecido con los mismos triunfos: infunda terror con sus rugídos, y recupere el primer crédito adquirido por sus grandes hazañas. La razón embraza el fuerte escudo al augusto Felipe, y la justicia hace vuelva á empuñar la espada. ¡Qué bella perspectiva!

Desde este hermoso oriente conducidos por sus mismos reflexos, paremos ya la atencion en nuestro amado Carlos, que heredero del valor y virtudes de su invicto Padre, se presenta al teatro del mundo para ceñir muchas coronas debidas á su mérito, que es el segundo termino de este gran quadro.

Ocupaba el Infante Don Carlos en su menor edad el Trono de Parma, demostrando tan sublimes talentos, que la Regencia del Estado la ordenó mas

la ceremonia, que la necesidad para el gobierno. Una grandeza afable, un amor oficioso, y una bondad sin límites hacian su carácter. Asi todos lo amaban; y él reynaba en los corazones de todos.

Los Sacrificios de España en los tratados de Utrech eran centellas no tan extinguidas con la paz en el heroico pecho de Felipe V. que dexasen de avivarlas los sóplos del pundonor y de la gloria: brindanle las circunstancias y revoluciones de Europa á cobrar la reputacion que juzgaba deslucida, y que solo sacrificó por el bien y quietud de sus vasallos: manda marchar sus tropas á la Italia, y haciendo empuñar la espada al Infante Don Carlos en la edad de diez y ocho años, lo declara Generalisimo de sus armas vencedoras, levantandolo del Trono de Parma, para que se ciña otras coronas por el camino de la justicia y de la fama.

Toma Carlos el acero, y como nació Heroë, desde los primeros pasos llevó por todas partes las palmas y laure-

les de sus triunfos. Presentase al exercito, y con solo verlo al frente de los Esquadrones, se lisongean de la victoria, y aseguran la conquista. Pasa muestra á las tropas, y conociendo su valor y constancia, solo les hace este honroso recuerdo: *acordaos hijos que sois vasallos de mi augusto Padre*; recomendacion que desempeñaron con esfuerzo tan maravilloso, que recordaron á todas las Naciones no habian olvidado su valor antiguo. Carlos, hasta aqui conocido por su cuna y su sangre, se hace admirar de todos por su gallardía y gentileza. El mismo Montemar tan distinguido en la Milicia, halló que aprender en el ardor marcial de nuestro Carlos. Ordenase la marcha, y solo su nombre aterra al enemigo. Conmuevense los Pueblos hasta la misma Roma, y salen á tributarle sus respetos la Pleve, la Nobleza, y las Princesas de mas alto caracter. Todos lo bendicen y lo aclaman: y entre las parcialidades y vandos hace dominante al de los Espa-

ñoles sola la presencia de tan amable Principe. El afecto es trascendental á todas las edades, formandose esquadrones de niños con marciales adornos, distinguidos con escarapelas y divisas para aumentar los aplausos. En el mismo capitolio resuenan los vivas, y de él sale una voz, que como de oraculo bendice al Principe, y anuncia al exército el éxito felíz de la jornada.

Llega el Infante Duque á la raya de Napoles quando la esquadra Española le tenia adquiridos anticipados triunfos. Las Islas de Procida, Ischìa y Pozzuolo ya se felicitaban con el nuevo dominio. Solo halla en la marcha obsequiosos respetos que los Pueblos tributan; no enemigos que se atrevan á irritar sus furores. Visconti y Trun huyen, y hechas prisioneras de guerra las guarniciones de los castillos, le abre las puertas la Ciudad de Napoles; mas Carlos instruido en la escuela de su invicto Padre, solo quiso entrar por las de la clemencia: accion que reuniendo

los vandos y aumentando el numero de los leales le colocó en el trono con universal júbilo : queriendo Carlos deber á su piedad lo que era conseqüencia de su valor y justicia.

Ya es Carlos Rey de Napoles : los pueblos le bendicen, y sus aclamaciones resuenan hasta en las ocultas bovedas de Pompei y el Herculano. Solo resta para complemento de sus glorias desalojar á los enemigos de las plazas que retiene su obstinacion por ultimo recurso, y que han de costarles tantos sonrojos el rendirlas, quantos triunfos adquirirá Carlos en conquistarlas.

Dá el primer paso Montemar con la victoria completa de Bitonto, que decidió la suerte de las dos Coronas de Sicilia y Napoles. Veinte y cinco estandartes y quince vanderas sirvieron á Carlos de glorioso troféo. La derrota de los Alemanes no dexó á su Gefe un oficial con quien comunicar á su Corte el exterminio: y el exército entregado á la esclavitud y á la muerte,

publicaba el esfuerzo de los vencedores. Tomaronse las plazas de Pescara, Gallipoli, Brindisi y Cortona: Gaeta se obstina en resistirse á Liria; mas el Rey se presenta, la bate y la rinde. Eváqüase la tierra de los Alemanes que sobraron á las cadenas y al cuchillo, dejando en las manos de los Españoles tan ricos despojos, quantos laureles en las sienes del invicto Carlos.

Emprendese la conquista de Sicilia, y se consigue con la misma suerte. Las tropas Españolas llevaban la ventaja de su adquirido credito, y el Joven Monarca la de su reputacion y su fama. Los paisanos de Mola y Taormina lo reconocen por General antes de tributarle respetos como á Soberano, y como diestros veteranos le ofrecen partidas de Imperiales prisioneros de guerra; los que á vista del Rey se tienen por felices, confesandose tan vencidos por las armas como por el afecto. Carlos sigue triunfante : : : : ¿Mas qué hago arrebatado del entusiasmo de

tanta gloria? No es suceptible el lienzo que presento para describir en él las heroicas hazañas de tan gran Monarca; quedense para la historia y anales de su tiempo; siguiendo mi devil mano con tímido pincél, los cortos rasgos de que es capáz, en el plan de su elogio.

Carlos emprende, Carlos conquista, Carlos vence, Carlos se corona. Su pericia militar se ha admirado en la famosa sorpresa de Veletri; su inalterable constancia en los sitios de Capua, Pescara y Gaeta, y su marcial ardor y heroico esfuerzo en Napoles, Sicilia y todo el mundo. Los Soldados le conocen por Alexandro, y admiran en Carlos todo el militar arte de los famosos Generales de Roma.

No olvida Carlos con el ardor de la campaña exercitar su humanidad y beneficencia en las rusticas Chozas, como en los Palacios. En el paso á Sicilia, una tempestad imprevista le obliga á guarecerse en el mas pobre albergue: El Cielo por complacerse con

la piedad de Carlos hace nazca á su vista un vasallo antes que suba al Trono: recibelo en sus brazos con la mayor ternura, logrando este infante para su bautismo tener por Padrino á su mismo Monarca. Sobresaltase la madre de alegria, y el benefico corazon de Carlos la paga el hospedage con liberales dones, dexandolos tan honrados, como enriquecidos. Su valor y piedad se compiten, y por sus virtudes le bendice el Cielo, protegiendo sus empresas, hasta que triunfante se corona, subiendo al Trono debido á su mérito y su sangre por las gradas del honor y de la gloria.

Ya descansa este invicto Monarca sobre las rotas armas de sus enemigos: cuelga el Arnés y Estoque en el Templo de Marte, y subiendo al Solio es reconocido de toda la Europa antes por Heroë, que por Soberano. Ya se tranquilizan sus vasallos en los Tabernaculos de la paz, y Carlos mas amable que Tito, merece el nombre, en que cifra todas sus delicias, de Padre de la Patria.

Los sublimes talentos que demostró Carlos desde sus tiernos años en el Trono de Parma, ilustrados con la aplicacion y desvelo, los exercita en utilidad de sus nuevos vasallos. Exîgía su Dignidad y Grandeza un enlace magnifico que hiciese consonancia con sus grandes virtudes: asi fue el que dirigió la Providencia con la augusta Princesa Maria Amalia de Saxonia, tan sobresaliente en los dotes de naturaleza, como en los del espiritu: y como en esta union eran los extremos tan conformes, la bendixo el Cielo para que fecundizara el tálamo con hermosos Principes, propagando su generacion para ocupar los mejores Solios de la Europa.

Gozaban los Augustos Consortes los frutos del amor y de la paz, dones de Dios, en los que estriva la felicidad de los hombres, gobernando con equidad y justicia los Pueblos de sus dominios; quando la misma Providencia que colocó á Carlos en los Tronos de Parma, de Sicilia y Napoles como brillan-

te antorcha, le transfirió al de España, para que iluminase dos mundos.

El Rey amable, el pacifico, justo y pio Fernando VI. subió por sus virtudes desde su Trono á pisar las estrellas. Lloranle sus vasallos, y sus gemidos lastiman el corazon de Carlos, tanto como la muerte de su amado hermano. Los deseos de los Españoles, y los derechos de la sangre eran unos mismos. Veneran la memoria y la augusta sombra de Fernando; y desean ver la Corona en las sienes de Carlos, para asegurar el Cetro en manos de la virtud heredada. Dirigen sus votos al Cielo ante el Real Sarcófago, y sin olvidar las venerables cenizas de su Principe, aspiran al cumplimiento de sus esperanzas. Carlos reprimiendo con la Magestad el afecto, se desprende de unos vasallos que lo aman, para abrazar á otros que lo desean, y todo el esplendor de la Purpura, no puede ocultar la conmocion y efectos de la ternura: dexando á unos hijos en el jo-

ven Fernando la prenda mas grata por dulce recuerdo de su amor, para consolar á otros con su amable presencia. Este es el primer termino de la pintura.

Carlos es recibido en España con mas demostraciones de gozo, que Trajano en Roma. Sube entre aclamaciones al Trono de sus Padres, y empieza á gobernar unos vasallos, en cuyos corazones reynaba. Un Reyno fertil y opulento podia inspirarle algun descuido: la plata y oro de las Americas podiá lisongear su Grandeza, y la misma riqueza y abundancia causarle un enveleso, que degenerase en inaccion y adormecimiento; mas la penetracion de Carlos, precaviendo los males del detextable ocio, en que influye la riqueza aparente y seductora de las minas, toma las mas justas medidas para alejarlo del Trono y expatriarlo de todos sus dominios. Conoce que la verdadera riqueza del Estado consiste en la Agricultura, las Artes, la Industria y

el Comercio, y aplica sus sublimes talentos al fomento de todos los ramos.

Le duele la nota injusta de ignorancia atribuida á los Españoles por sus emulos, y premedita los planes mas utiles para la instruccion de todas las ciencias y las nobles Artes: ilustrando una Nacion que las tinieblas del abandono no pueden obscurecerle la reputacion de sabia que adquirió en muchos siglos, ni borrar la memoria de sus grandes ingenios: á la que solo faltaba una poderosa mano, que rompiendo las pesadas cadenas de la desidia, la condugese al templo de las Musas; y una antorcha que la iluminase, disipando las sombras, que cubriendola de oprobio, daban causa á sus ribales para que arruinando los sólidos fundamentos de sus glorias, aspirasen á levantar infames padrones de ignominia.

Los paternales desvelos del amable Carlos giran sobre el bien de sus Pueblos: éste es el punto centrico donde reune su benefico corazon todas las li-

neas. Como el amor es el espiritu y principio motriz de sus Reales acciones, cifra todas sus delicias en la felicidad de sus vasallos. Este interés le mueve, quando mas tranquilo, á descolgar el victorioso acero, y prefiriendo una honrosa guerra á la paz incompatible con el decoro de su Corona y tranquilidad de sus dominios, manda ordenar sus huestes para recordar á la Europa el valor que le inflama.

El terror que inspiró la victoriosa Roma, en todas las naciones que creyeron verse gobernadas por un solo cetro, reduciendo el Mundo á la universal Monarquia de sus triunfantes armas, enseñó á los Monarcas por la esperiencia la politica maxima que dictaba la razon de coartarse reciprocamente, deprimiendo el poder orgulloso que tal vez conspiraria á subertir sus tronos con el poderoso derecho de la fuerza. Reiteró este recuerdo Carlos V. á todas las potencias sus ribales, que confesando su valor invicto, lo coro-

naron de inmortales laureles. Carlos III. profundo Politico, y valeroso Marte, premedita la actual situacion de la Europa, y al ver una Potencia orgullosa, que apropiandose el Imperio de Neptuno, echando cadenas á los mismos mares, aspira temeraria á exîgir obsequios de los Soberanos, enriqueciendose con el comercio de que se hace árbitra; resuelve animoso contenerla en razonables límites, y establecer el equilibrio de la Europa, tan esencial á la prosperidad de todos los vasallos.

El insulto hecho al Pavellón Francés por el Britanico en Puerto de una Potencia, que con el especioso velo de la neutralidad ocultaba sus tratos; el interés comun y la dignidad del Cetro, convinaron las fuerzas, unidas ya por sangre y pacto de familia. Tremolanse las Lises y Leones, y las Esquadras Española y Francesa previenen á un impulso decisivo romper las cadenas, que ha forjado el orgullo. Mas la inescrutable Providencia, que condujo siempre

á Carlos por los caminos de la prosperidad y de la gloria, quiso para acrisolar su virtud probar su heroicidad en la constancia de un sensible golpe: que en sus impenetrables Arcanos á veces son las felicidades castigos, y la adversidad premio.

Quando el valeroso exército pisaba las abatidas murallas de Portugal, contando sus triunfos por el numero de sus plazas; es entregado á las armas Britanicas el Emporio mas opulento de la America. Saben los enemigos que deben esta conquista mas á la Politica que á la fuerza, y que los Españoles instruidos en el honor y reputacion de su nombre, ceden solo á la muerte. El ilustre Velasco rinde la vida primero que la espada; dexa á su casa honorificos recuerdos de su valor invicto; vincula con su sangre una memoria eterna en todas las Naciones; y logra entre sus enemigos monumentos de honor, que harán recomendable su hazaña en la posteridad al universo.

Esta pérdida fue mas sensible para Carlos III. que la de la Plaza y todas sus riquezas: y dexando el premio de su virtud para el Cielo, honra sus cenizas con ilustres titulos en esta casa para fama postuma de tal vasallo.

Apresuranse las paces con tan impensado accidente, y se executan con algun sacrificio. Desea el amable Carlos la quietud de sus Pueblos, y á su bondad deben la condescendencia, prefiriendo la tranquilidad del Estado á la satisfaccion de sus resentimientos. Aplicase con ardor y pericia á poner el Exército y Marina en un pie respetable: y sin perder de vista el importante objeto del Arte de la Guerra; se exercita constante en los graves negocios del Estado y Gobierno, aspirando sus idéas beneficas á la utilidad del Reyno, y bien de los vasallos, desempeñando vigilante las funciones de Padre y de Monarca.

Los Arsenales y Diques; los Caminos y Puentes; los Hospicios y Hos-

pitales; las Escuelas de Matematicas, Estudios y Academias; el Museo y Jardin Botanico; las hermosas Imprentas; las Sociedades Patrioticas son magnificos rasgos de su bondad y munificencia. Los Lazaretos, los Colegios de Cirugía, las Casas de expósitos, la ereccion de Cementerios, son efectos de una humanidad inimitable. Las grandes pensiones, los honores, los premios, las Reales mercedes son pruebas nada equívocas de su amor benefico. Su Legislacion y Reales Pragmaticas demuestran su paternal desvelo y su justicia. El Tribunal respetuoso que consulta, y el Ministerio sábio que le asiste, hacen formar idéa de la sublimidad de sus luces, y aseguran el acierto en las resoluciones de los graves expedientes que se les confian. Y en una palabra, todas sus obras, sus acciones acreditan la equidad de su Cetro, el poder de su Corona, y el explendor y grandeza de su augusto Trono.

Carlos olvida los agravios, y culti-

va la amistad de todos los Monarcas; mas á pesar de sus justas idéas, el orgullo Britanico le levanta con nuevos insultos del Solio de la paz para hacerse con las armas la justicia que exigia su dignidad y decoro. Ya la discordia habia inspirado sérias competencias entre París y Londres. Ya el belicoso Marte, agitando el furor de ambas Potencias, habia puesto sus exércitos sobre las armas. España, disimulando arrojos, aun aspiraba á una paz estable como mediadora; mas la perfidia Inglesa con los Chatcas y la dominacion en el Darien, con los mas enormes insultos, decidieron la guerra.

Empuña Carlos la Espada por ultimo recurso, y mandando bloquear la usurpada Columna de Hercules, se admiraron prodigios de valor en el Sitio. Pueblan los mares numerosas esquadras, suena el guerrero clarin en ambos continentes, y en los varios sucesos de la guerra dá el Cielo á Carlos los mas gloriosos triunfos. La conquista de in-

expugnables Plazas, la extension de los dominios en America, y los fuertes grillos que sugetan al poder Britanico, son nuevos laureles con que el Monarca Hispano se corona. El orgullo del Inglés refrenado, el Tiranico Cetro perdido, y las cadenas desenlabonadas y deshechas, es bien universal, que á la inclita Casa de Borbón debe toda la Europa.

Pide sumiso quien mandaba despótico, y el magnanimo Carlos asiente á la paz honrosa que le ofrecen, aunque no ha completado sus designios. No quiere impedir la quietud de la Europa, y con moderacion que reusa el poder y adopta su bondad, desiste de la empresa á que le conducía su justicia. Dexa en manos del Inglés la usurpada Columna, mas por politica que por flaqueza, contribuyendo al equilibrio que establece con exemplo inimitable de desinterés, que le acredita de moderado y pacifico, no menos que sus victoriosas armas de valeroso Marte.

La reputacion adquirida por sus gloriosos triunfos, la alta recomendacion de sus grandes talentos, y la Ilustre Real estirpe de su augusta Casa, que engrandece los Solios mas respetables de la Europa, le erigen el mas alto trono en el hermoso templo de la fama. Aqui rodeado de obsequiosos respetos, cubierto de la gloria de su valor heroico, protege á sus vasallos, aterra al enemigo, y hasta los Monarcas se comprometen á su sabiduría: cuyas decisiones son oidas como de oraculo pacificador del universo.

Carlos III. es reconocido por Monarca Grande, Poderoso, Justo, Felíz, Magnanimo y Padre de la Patria; mas con todo no se expresan en tan relevantes titulos los sublimes quilates de sus grandes virtudes. En la guerra victorioso; en la paz sábio; justo en la prosperidad; en la adversidad constante; Heroë en el poder y el valor, y Heroë en la Religion, devocion, y en la piedad cristiana.

Bendice el Cielo el Talamo de los Serenisimos Principes, para gloria de la Nacion y complemento de sus esperanzas. El Augusto Carlos vé nacer un hermoso Infante, objeto de su amor y ternura: y quando cifra en su preciosa vida la sucesion del Trono, y todas las delicias de su entrañable afecto, el Cielo lo arrebata, por probar la virtud del Monarca al fuego de la tribulacion en el crisol de la paciencia. Resignase Carlos con los justos adorables decretos del Altisimo en la muerte de Carlos Clemente, reiterando el sacrificio en la de Carlos Eusebio, y es recompensado con dos bellos Gemelos que llenan de júbilo al Palacio y la Corte. Mas aquella mano invisible omnipotente, de quien depende la enorme maquina del Orbe, el sér y subsistencia de los entes, los conduce por la diafana region eterea, á rodear el Solio Eterno, y habitar una mansion de luz inaccesible.

El Catolico Carlos se conforma y templa su dolor con la vista de otro In-

fante, en el que quedan al Reyno deviles esperanzas: estas llegan á vacilar entre peligros, y el religioso Monarca, conociendo el riesgo, se postra ante las Aras, dirigiendo al Cielo fervorosos votos por su preciosa vida. Interpone para con Dios los méritos y valimiento de aquel insigne Labrador, que en el cultivo de los campos aprendió el del espiritu, y supo purgar la vid del alma con la mortificacion y penitencia, para que fertilizada por la gracia y continuo exercicio de virtudes, abundara en los opimos frutos de buenas obras.

¡O que tierno espectaculo! ¡Un Labrador rustico, confundido entre la Plebe, cubierto de polvo y sudor de sus afanes, se vé colocado sobre nuestros Altares, declarado por Tutelar de la Hispana Metropoli, y adorado de los Monarcas, de cuyos Abuelos fue pobre vasallo! Todo es prodigio de la virtud. El glorioso Isidro recibe obsequiosos respetos del mas religioso Monarca; y el Catolico Principe se hu-

milla á vista del Santo Cadaver, reconociendo que el resplandor de su purpura es sombra á la luz de tanta Santidad, y que su Regia Diadema no es comparable con la Corona inmarcesible que realza á Isidro sobre todos los Potentados del mundo. Virtud poderosa, tu distingues á un Labrador por la justificacion y la gracia, y caracterizas á un Monarca Catolico por su piedad, humillacion y respeto. Isidro, Heroë de la Santidad; y Carlos, Heroë de la Religion.

Esta piedad cristiana, joya la mas apreciable en la Corona del Monarca Catolico, es recompensada por el Cielo, no solo con la salud de Fernando, si tambien con otro hermoso Infante, que llenando de gozo á sus inclitos Padres, y al piadoso Carlos, asegura mas á la Nacion la subsistencia del Trono en la augusta Familia de los Borbones Austriacos.

Carlos III. al fin laureado con muchas Coronas, protegido de la excelsa

diestra, rodeado de sus caros hijos, asistido de Grandes y Principes, y adorado de sus fieles vasallos, disfruta, á pesar de la vicisitud de los tiempos, la felíz ancianidad que exîgen sus virtudes: y entre tiernos abrazos y dulces osculos de sus amados nietos, recibe anticipada la justa recompensa de sus obras, que le caracterizan exemplar Monarca entre los Soberanos. Asi con las copiosas bendiciones del Cielo, verá desde la Silla que le está preparada en la mansion eterna, á su augusta descendencia sobre el Trono de España, que con las virtudes de un San Fernando será firme columna de la Fé, honor y gloria de la Nacion, lustre y admiracion de la Europa.